

MONTEVIDEO, MAYO 31 DE 1903. AÑO VII.—NÚM. 272.

POR CARLOTA BRAEMÉ

Seguramente que habrá de ponerme obstáculos para unirse otra vez al conde; pero es su deber, por lo tanto es necesario que lo haga. Y así diciendo púsose á pensar de qué modo había de convencer á la joven si se negaba á regresar á su casa.

Cuando el tren llegó á Richmond, se apoderó un gran temor del ánimo de Lionel; palpitábale fuertemente el corazón y sentía tomar ser y forma en lo más profundo de su alma al vago terror que antes experimentó con la lectura de la carta; pero al mismo tiempo alegrábase su espíritu á la sola idea de volver á ver á la condesa.

—¡Ah! ¡Cuánto amor y ternura, encierra su alma para mí! pensaba, y con precipitados pasos emprendió el camino que separa la estación del ferrocarril, del pintoresco y bello hotel de Inglaterra, que rodeado de frondosos árboles se halla situado á orillas del río.

Momentos después encontrábase en presencia de la condesa, que al verlo, se arrojó en sus brazos, colmándolo de caricias y diciéndole, mientras abundantes lágrimas de gozo le bañaban el rostro:

—¡Oh, amor mío! ¡Cómo te esperaba, contando las horas que transcurrían!; pero si no hubieras venido, Lionel mío, ese río hubiese sido mi tumba. Y al propio tiempo señalaba la ventana.

Pocos hubieran sido los hombres capaces de resistir impasibles á la ardiente pasión de Bibiana. Los ojos de la hermosa joven despedían en aquel momento miradas de fuego, y aunque al pronto se apoderó de Lionel un ligero temor y algo de remordimiento, lenta é inconscientemente fué invadiendo su espíritu un sentimiento de la más loca y exaltada pasión. Había salido de su casa con el firme propósito de regresar á las pocas horas, pero en presencia de Bibiana, quedó completamente fascinado y á merced de sus menores caprichos.

Al fin, rendida la hermosa joven por las emociones que había experimentado á la llegada de su amante, dejóse caer en una butaca, y entonces fué cuando Lionel pudo hablar.

—Pero Bibiana, vida mía... ¿dime por qué has abandonado tu casa?

—No, Lionel, no llames mi casa lo que sólo fué para mí una triste y fría mansión... Jamás volveré á entrar en ella, pues prefiero antes morir mil veces.

—¡Qué dices Bibiana! exclamó el joven lleno de asombro. ¿Has pensado bien en lo que vas á hacer?

—Viviré contigo, interrumpió la condesa con vehemencia. Sí, Lionel; seré tu esclava.

—Querida mía, repuso el joven con calma, mientras procuraba ocultar su profunda emoción. Lo que pretendes no puede ser; es una locura...

—¡Locura! tú sí que estás loco. ¿Acaso no me amas ya? murmuró Bibiana y en su semblante se reflejó una tristeza indecible.

—No, Bibiana, te amo más que nunca; pero dejemos esto para después y dime ahora ¿por qué has abandonado á tu marido?

—¡Oh! no me lo preguntes, profirió la joven mientras brillaba un rayo de furor en aquellos divinos ojos.

—¿Por qué? vida mía, sí, deseo saberlo.

—Bien; entonces escucha, porque no puedo negarte nada, murmuró Bibiana con lúgubre acento, y enjugándose las lágrimas que se asomaron á sus ojos, dijo:

—No sé cómo, pero el conde se ha enterado de nuestras relaciones y conoce muchos detalles de cuantas entrevistas hemos tenido.

Densa palidez cubrió las facciones de Ridal; intentó hablar, pero la condesa prosiguió diciendo.

—Ayer me llamó á su habitación y después de hablarme de ti, muy furioso, me prohibió que en lo sucesivo volviera á verte.

—Y tú qué le dijiste, exclamó el joven sin poder contenerse. ¿Negarías?... ¿No es cierto?

—¡Ah! Lionel. ¡Qué mal me conoces! Si mi marido me hubiera tratado bien, si al recriminar mi conducta no hubiese empleado duras frases, quizás habría yo negado todo; pero ciego por la ira me trató tan mal, que no sólo le confesé nuestro amor, sino que le juré que seguiría viéndote.

—¡Bibiana! ¿Qué has hecho? exclamó el joven lleno de terror.

—Lo que oyes, repuso fríamente la condesa; luego continuó mientras se iba dibujando en su semblante una expresión de repugnancia y furor:

—Pero ¡oh! el conde se convirtió en una fiera al escucharme, y....

Bibiana se detuvo.

—Y ¿qué?... acaba... balbuceó Lionel, ansioso.

—Levantando el brazo me hirió el rostro con su inmunda y arrugada mano.

La condesa rompió á llorar amargamente.

—¡Miserable!... ¡miserable! murmuraba Lionel, presa de reconcentrada ira.

—¡Oh! Lionel de mi alma, dijo Bibiana cuando consiguió serenarse. No puedes querer que regrese al lado del hombre que me ha maltratado.

Un profundo silencio siguió á estas palabras, interrumpido solamente por los entrecortados sollozos de la joven.

—Querida mía, dijo Lionel, después de haber consolado á su amada. Te extrañará lo que voy á decirte; pero tu deber es volver á tu casa.

—¡Yo! exclamó la joven abriendo los ojos con espanto. ¡Volver á mi casa!... nunca... nunca.

—Reflexiona, Bibiana, repuso Ridal, las consecuencias que puede ocasionarte este paso. Si no regresas al lado de tu marido, perderás cuantas comodidades te rodean.

—Qué me importa, dijo la joven vivamente, luego añadió con marcada indiferencia. ¿Cuáles son esas ventajas que me rodean?

—Riquezas, lujo, título...

—Sí, ... y un corazón vacío, interrumpió Bibiana con desdén.

—Pero un corazón que te puede proporcionar cuanto desees

—Todc cuanto yo deseo en el mundo es tu cariño, amor mío, contestó la joven con pasión.

—Sin embargo, mi deber es advertirte que al obrar como te propones, al abandonar á tu marido, te colocas en una situación muy falsa para con la sociedad.

—Nada me importa.

—Pero aun hay más, Bibiana. ¿Has pensado que también quebrantas el juramento que pres-

(Continuará).

Amor infinito

¿Quién no conocía al joven párroco del templo de San Jorge? Siempre embozado en su abundante capote, con su frente pálida y sus ojos azules y diáfanos, con la diafanidad que pinta la infinita tristeza! Modelo de virtud, encomio de santidad, dechado de purezas y de bondades, el santo y joven sacerdote era el mimado de todas las buenas familias, refugio seguro en las aflicciones de las madres, amparo y consuelo en las congojas de las doncellas, consejero prudente y discreto de todo lo que intimaba sus desazones ó sus pesares! Recuerdo haberle visto muchas veces atravesando el jardín florido para entrar al templo: con sus ojos inmensamente azules clavados en el suelo: su frente pálida contraída como por un pesar íntimo y grande: y su capa, subiendo en ondas de obsidiana hasta cubrir los labios marchitos! Parecía una visión beatífica; siempre á la misma hora, con el semblante igualmente triste: surcando por entre los prados del jardín y entrando luego al templo solitario y silencioso!

¡Como el guerrero que sucumbe en el estruendo de la batalla, fijo en su saber, defendiendo la bandera, así murió el santo y joven párroco del templo de San Jorge!

Sentado en un solio augusto del confesonario, con su mano blanca y delicada extendida como para absolver el último pecado que escuchó en la vida: un pecado de una mujer hermosa!

Y he aquí la leyenda que ha forjado la mente de un visionario:

La oleada de una decepción amarga, acaso el desprecio de la mujer que amó, lo hizo buscar consuelo para sus amarguras en el templo, entre el murmullo de las oraciones que suben al cielo y el tañido de las campanas que llaman á orar; allí en la paz inefable de las almas que creen, entre las oleadas del incienso que perfuma el ara, entre la albura de los cirios de las hostias y de los altares, buscó aquel corazón joven, olvido para sus afrentas, consuelo para sus lágrimas y paz y resignación para su espíritu!

¡Y la encontró! La imágen ingratamente bella como la mujer amada fué esfumándose poco á poco: primero como el fantasma blanco que formará la niebla: después una silueta muy distante, muy lejana: después... nada!

Cuando todo se hubo borrado de su alma sintió frío de la orfandad, del abandono, del olvido! Veía acercarse á la reja del augusto tribunal del confesonario una procesión de mujeres blancamente hermosas... como *ella*, así igualmente negras y abismales sus ojos, transparentes y pálidas las delicadas manos... *como ella*. Y no podía reprimir un suspiro que subía á su garganta y una lágrima que enturbiaba sus ojos, arrancados por el recuerdo vago y sútil.

Para alejar aquellas importunas tentaciones, el joven santo descorrió la cortinilla morada que estaba tras la reja: y no vió más rostros blancos, ni ojos negros, ni manos transparentes! Cerró las puertas á los recuerdos!

Así, con los ojos puestos en Dios, escuchaba las quejas doloridas, los lamentos íntimos, los sollozos ahogados de todos aquellos corazones heridos por el infortunio! Cuántos sufrimientos y cuántas tristezas y cuántos dolores hay en la vida!—pensaba él. Con su palabra acariciadora, suava, enamorada, iba destilando en cada alma gotitas de miel, de cariño, de consuelo, de resignación: enjugaba sus lágrimas, recogía sus suspiros, con la misma ternura y el mismo anhelo de un padre que comprende los dolores de sus hijos!



Señorita María Fernández

Entre aquella parvada de almas adoloridas había una que sufría mucho, y tenía una historia, así, parecida á la suya. Cuando le relataba sus penas, aquella vocesita armoniosa y cristalina temblaba con la vibración del sollozo, suspiraba, lloraba, y aquellos sollozos le llegaban al alma y enturbiaban sus ojos! Luengas horas pasaba arrodillada aquella penitente joven, y al levantar sus ojos tenían la huella nacarada de las lágrimas; pero en su alma había mucho consuelo, mucha resignación!

El corazón del joven párroco principió á no sentir frío: experimentaba algo que lo abrigaba dulcemente! Aquella vocesita cristalina, aquella alma pura, blanca y entristecida, tenía para él algo peculiar y hermoso, como el consuelo de una caricia. Aquella alma desapareció del templo; pasaron días y semanas y meses, y el sacerdote esperaba en vano á la ovejita perdida, lleno su corazón de desazones y temores! ¿Cómo inquirir su paradero si solo la conocía por el relato de sus tristezas y sus dolores? Acaso Dios la llamaría, benévolo, á su seno; ó tal vez él iría de improviso á refugiar sus llantos en la soledad del convento!

Muchos meses habían pasado cuando al atardecer, en esa hora de las tristezas y de las sombras, se arrodillaba la misma penitente, pero mustia, ajada, marchita, á los pies del joven confesor: su voz no era cristalina ni sus sollozos tenían aquella triste dulzura de antes; pero ella se lo dijo, se lo explicó: era *ella*, la misma de hace tantos meses: ya le contaría todo, todo, y comenzó el relato de sus culpas:

«Un fuerte chubasco, un huracán pasional la había llevado al abismo. ¿Qué hacer si no encontró dónde asirse? Resbaló, cayó y fué rodando por el precipicio de culpa en culpa, de pecado en pecado, hasta caer en las profundidades

del crimen. Allí había abierto los ojos y al ver su desgracia y su miseria infinitas, había venido á buscar refugio en sus palabras y en sus consejos...»

Y seguía en largo y sentido relato todas sus culpas y todas sus penas; lloró, pidió perdón, imploró consuelo. Pero el confesor nada le decía: mudo y silencioso.

—¿Qué me dice usted? ¿La misericordia infinita no alcanza á perdonar mis crímenes? Bien comprendo que soy la más pecadora de las mujeres, pero soy la más desgraciada, la que más ha sufrido en la vida!

Pero el confesor nada le respondía. —Acaso habrá huído para no oir mis maldades—pensó.— Y asomó su rostro cárdeno por el llanto.

¡Oh! si allí estaba: pero su frente tenía la palidez de los cadáveres, y sus ojos, inmensamente azules, la diafanidad de los muertos! Parecía retratar en el abismo de sus pupilas inmóviles, la más cruel, la más amarga de las decepciones de la vida.

BENJAMÍN PADILLA.

Guadalajara.

Camino de espinas

Era todavía noche obscura cuaando el abuelo saltó de la cama. Todo el pueblo dormía; no cantaban los gallos, ni ladraban los perros, ni caminaban por las calles las mulas de labor ni las yuntas de bueyes. En aquella solemne y apacible calma de la noche, el abuelo hubiera podido creer que estaba solo en el mundo si no oyera una respiración blanda y sosegada, el aliento de la niña que dormía en un rincón del lecho con sueño de ángel.

Los negros cabellos de la niña caían ensortijados sobre la almohada; en su frente, en sus párpados y en su naricilla nerviosa la luz de la candileja arrancaba nacarinos reflejos. La boca entreabierta sonreía á las hermosas hadas que pueblan los sueños infantiles.

Daba pena despertarla; pero era necesario. El abuelo la llamó suavemente.

—¡Pilar, niña, Pilarita, despiértate!

—¡Pilarita entreabrió los ojos y refunfuñó entre sueños.

—¡Mira, despiértate Pilar, Pirirulín!

Los ojos dormidos de Pilurín imploraban compasión.

—¡Si tengo sueño; si tengo mucho sueño!—dijo con una vocesita quejumbrosa —¡Si es de noche!

—No importa; hay que levantarse; hay que echar fuera la pereza. ¡Arriba, Pilurín!

Y la levantó con sus brazos amorosos, la sentó al borde de la cama y se sentó él también, sonriéndose al ver los guiños de aquellos ojos tan lindos y los mohines de aquellos labios rojos como cerezas.

En un baile.—¿Por cuál me decidiré, Dios mío?

—¿No te acuerdas?—le dijo—Tenemos que ir tú y yo solitos á ver á la Virgen. Tenemos que salir muy temprano para que no nos vean papá y mamá, que nos están mirando desde el cielo.

—Sí. ¡Si estoy despierta ya!—dijo la niña.— Yo quiero ir contigo. Descalzos los dos, ¿verdad? para que la Virgen vea que el abuelito está contento.

Estaba despierta de veras y empezó á charlar. Los gallos que cantaban anunciando el día la hicieron reir á carcajadas.

—Dime, abuelito, ¿es verdad que los gallos cantan para despertar á la gente? Y á ellos ¿quién los despierta? Y en Madrid que no hay gallos, ¿cómo saben que va á ser de día? Lo dicen los serenos, ¿verdad?

Era madrileñita y todo lo del pueblo la producía intensa admiración. Las grandes vigas del techo, el piso de bastos ladrillos rojos, el velón de cuatro luces, los sillones amplios como lechos, las paredes desnudas, las puertas de cuarterones... Era para ella un mundo nuevo, y le miraba abriendo mucho los ojos, preguntando siempre.

—¡A vestirse! Las medias no, ni los zapatos tampoco.

Ella misma se puso su enagüilla, blanca como la nieve, sin querer que el abuelo la ayudara.

—¡Si sé yo sola!—decía. —Mamá no me dejaba, pero ya ves como sé. Me visto yo como una mujercita.

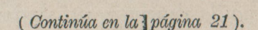
Y se vistió como una mujercita sus ropas de luto, y luego se sentó en el gran sillón que precedía la alcoba, para verse los pies desnudos, blancos y sonrosados como flores recién abiertas.

—Acércate, abuelito; siéntate aquí conmigo. Pon los dos pies como yo, así, estirados. ¡Mira qué pequeñitos son los míos! ¡Y qué blancos!

Por fin el abuelo la cogió de la mano, y sin bajar escaleras, salieron al patio y después á la calle.

Alboreaba. Sobre los tejadillos de las casas y sobre la negra silueta de las tapias nacía una semiclaridad ténue y azulada. Las estrellas huían de aquella luz crepuscular; pero todavía centelleaban con sereno fulgor por Occidente; no se movía el más ligero soplo de viento. Sobre las piedras de la calle empezaba á caer el rocío, y la niña saltó de sorpresa al sentir en las plantas de los pies la fresca humedad de la mañana.

Salieron del pueblo. La calle era también camino, y el polvo formaba una epecie de alfombra. Sin embargo, las chinitas, las ramillas y las pajas esparcidas por el suelo herían aquellos pies tan tiernos. Pilar, de la mano del abuelo, le decía:



(Continúa en la página 21).

AÑO VII



NUM. 272

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR: ARTURO SALOM — REDACTOR: CARLOS F. MUÑOZ — DIBUJANTE: JOSÉ OLIVELLA — ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Mayo 31 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5

Confraternidad

La próxima visita--Los delegados chilenos







SR. JORGE MONTT, Vicealmirante, jefe de la delegación — SR. J. MUÑOZ HURTADO, Contralmirante — SR. S. BERGARA ALVAREZ, General de división — SR. LUIS ALTAMIRANO, Teniente coronel — SR. JOAQUÍN L. ALCALDE, Teniente coronel







SR. MIGUEL AGUIRRE, Capitán de navío — SR. LUIS ARTIGAS, Capitán de navío — SR. LUIS GÓMEZ CARREÑO, Capitán de fragata — SR. G. GARCÍA HUIDOBRO, Capitán de fragata — SR. JOSÉ M. BARI, Teniente coronel







SR. ALBERTO ADRIASOLA, Cirujano mayor — SR. GUILLERMO DUBLÉ, Sargento mayor — SR. JORGE BARCELÓ LIRA, Sargento mayor — SR. SEGUNDO VIDAURRE, Contador mayor — SR. GUILLERMO P. DE ARCE, Secretario del Vicealmirante

Chilenas

Santiago, Vista general

Santiago, La Moneda

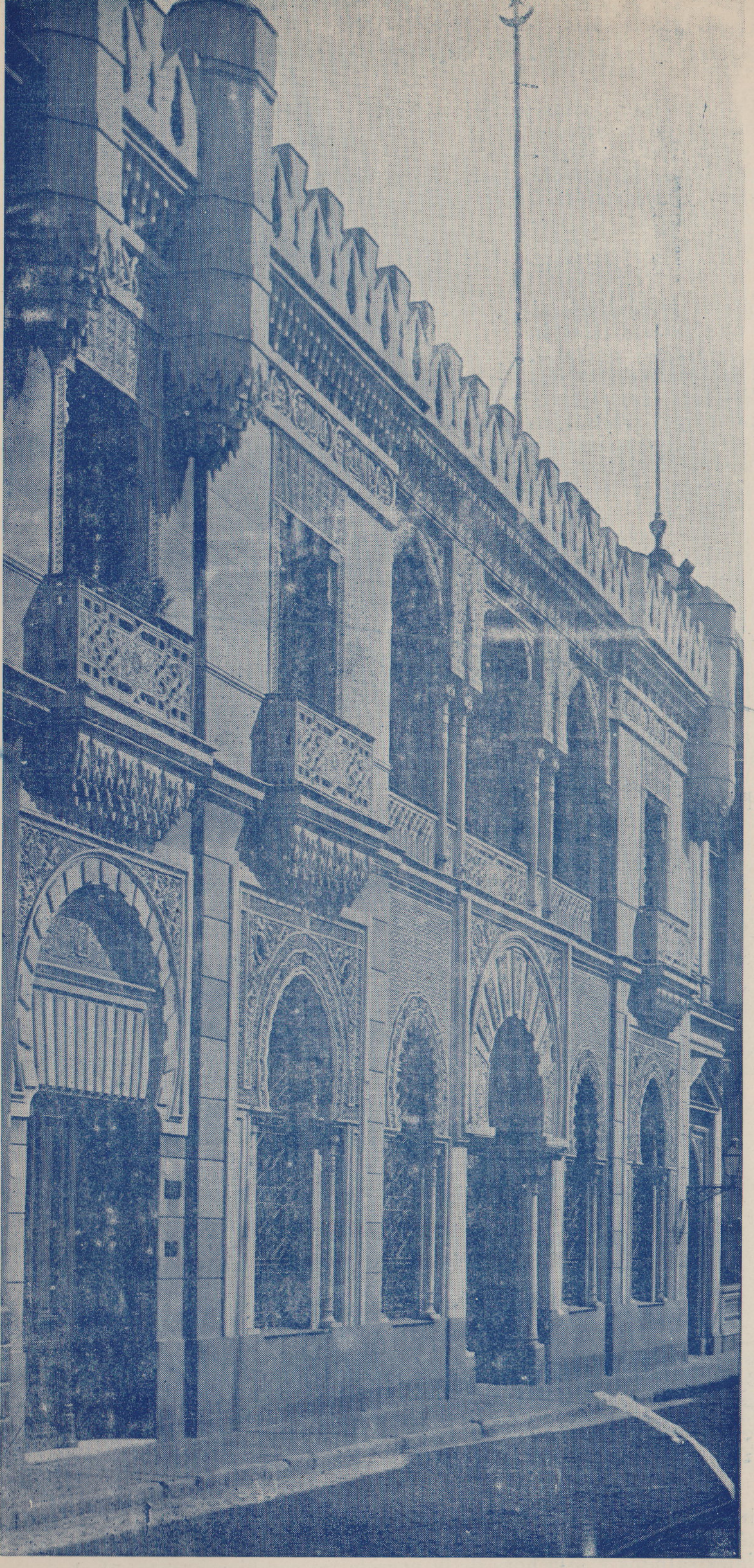
Valparaiso, Vista general

Santiago, Edificio del Congreso

Santiago

Costumbres chilenas.

En el deseo de informar á nuestros lectores de la manera más acabada posible, de cómo es el país hermano de allende la Cordillera, ahora que un selecto grupo de hijos de esa simpática tierra nos visita, hemos tratado de aunar en el presente número variada información ilustrada, aumentando para el efecto en varias páginas más de las corrientes, nuestro semanario.



SANTIAGO DE CHILE. — Palacio de la Alhambra en la calle de la Compañia

Himno de Chile

CORO

Libertad, invocando tu nombre
la chilena i altiva nación,
Jurá libre vivir de tiranos
i de extraña, humillante opresión.

I

Ha cesado la lucha sangrienta.
Ya es hermano el que ayer opresor:
De tres siglos lavamos la afrenta
Combatiendo en el campo de honor.
El que ayer doblegábase esclavo
libre al fin i triunfante se vé:
libertad es la herencia del bravo,
la victoria se humilla á su pié.

II

Alza, Chile, sin mancha la frente;
conquistaste tu nombre en la lid;
siempre noble, constante, valiente
te encontraron los hijos del Cid.
Que tus libres tranquilos coronen
á las artes, la industria i la paz,
i de triunfos cantares entonen
que amedrenten al déspota audaz.

III

Vuestros nombres, valientes soldados
que habeis sido de Chile el sosten,
nuestros pechos los llevan grabados,
los sabrán nuestros hijos tambien.
Sean ellos el grito de muerte
que lancemos marchando á lidiar,
i sonando en la boca del fuerte
hagan siempre al tirano temblar.

IV

Si pretende el cañón estranjero
nuestros pueblos osado invadir,
desnudemos al punto el acero
i sepamos vencer ó morir.
Con su sangre el altivo Araucano
nos legó por herencia el valor,
i no tiembla la espada en la mano
defendiendo de Chile el honor.

V

Puro, Chile, es tu cielo azulado,
puras brisas te cruzan tambien,
i tu campo de flores bordado
es la copia feliz del Eden;
majestuosa es la blanca montaña
que te dió por baluarte el Señor,
i ese mar que tranquilo te baña
te promete futuro esplendor.

VI

Esas galas, oh Patria, esas flores
que tapizan tu suelo feraz,
no las pisen jamás invasores;
con su sombra las cubra la paz.
Nuestros pechos serán tu baluarte,
con tu nombre sabremos vencer,
ó tu noble glorioso estandarte
nos verá combatiendo caer.

Chile en el Plata.--La visita de delegados

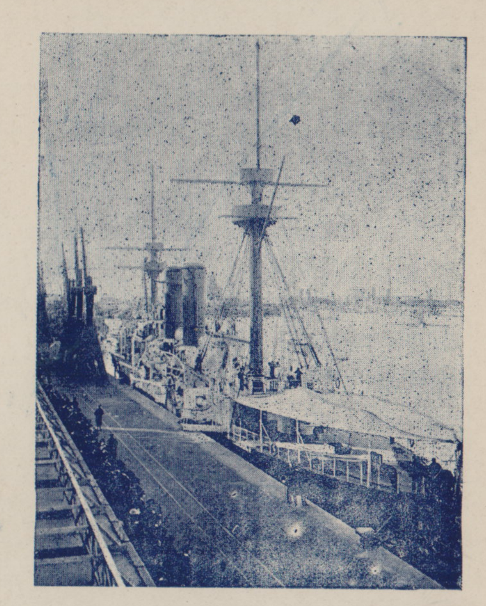
A Buenos Aires--A Montevideo

Dentro de breves días Montevideo estará de fiesta, y de fiesta solemne. La comisión de delegados chilenos que ha estado todos estos días sirviendo de tema para las mayores expansiones del pueblo entero argentino, pasará el charco y nos vendrá á visitar, á nosotros, que aunque somos tan pequeños en el concierto de las repúblicas americanas, se nos tiene en tan alta estima como si de su igual fuésemos.

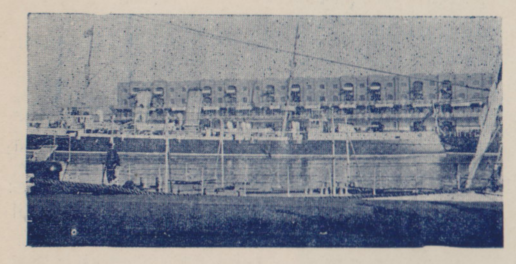
Todo Buenos Aires ha palpitado de contento al ver de pronto muertas, casi de una vez por todas, la rencilla internacional con sus hermanos chilenos, que habían inculcado ya en el ambiente de los dos pueblos, una atmósfera de odios fratricidas. Pero, por suerte, todo terminó á raíz del fallo arbitral inglés sobre la zarandeada cuestión de los límites. Ambas naciones, se conformaron con las fronteras señaladas por la decisión de la tercería, y las paces por fin se hicieron. Y nació entre ellas el cariño de hermanos, pero de hermanos que se quieren.

Chile un buen día decidió mandar á la Argentina una delegación de los hombres más espectables de la marina y el ejército, y esos son los que el pueblo argentino ha festejado tan pomposamente. Una vez que se haya terminado la última porción de mirra quemada en su loor, Montevideo saldrá por breves días, ¡oh muy breves! de su tranquilidad rutinaria de ciudad nueva y bullirá risotero, alegre, rebozante de expansión y satisfecho de haber hallado siquiera unas pocas horas de resurgimiento, de altas novedades, mucho más aún en compañía de hijos distinguidos de la tierra de O'Higgins, tan fraternalmente hermana de la nuestra.

ARMADA CHIOENA

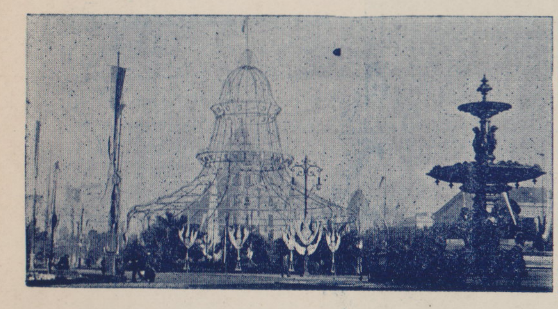


Crucero «Blanco Encalada» en el puerto de Buenos Aires



Crucero «Chacabuco» en el puerto de Buenos Aires

Aquí como en Buenos Aires el asunto que preocupa en todos los corrillos, es los festejos á realizarse, los festejos realizados; está en todas las bocas los nombres más ilustres del Chile de antaño y del de ogaño, los principales edificios, monumentos y obras, las costumbres nacionales, en fin, que Chile para nosotros los platenses está hoy en gran auje, á la orden del día viéndolo como si así fuera toda la vida, en los rincones más oscuros de la historia, en la vida más ignorada de sus hijos.



Buenos Aires.—Arco de acceso á la calle Florida



Buenos Aires.—La Gran Rotunda de la plaza Victoria adornada á luz eléctrica

A la llegada de la delegación chilena al puerto de la capital argentina en los buques «Chacabuco» y «Blanco Encalada», fué alcanzado por el presidente argentino Roca en un buque de su escuadra. Después de los cordiales saludos y á la hora de la comida, se cambiaron entre el almirante chileno y el Ministro de Marina argentino, dos expresivos brindis y de los que ofrecemos los párrafos principales:

Del almirante Montt:

«Excelentísimo señor Presidente:

«Agradezco profundamente á V. E. la honra que nos dispensáis al pisar la cubierta de las naves chilenas, que han venido á esta métropoli á ser portadoras de los anhelos de paz y fraternidad con el pueblo cuya bandera llevan. Es la segunda vez que los barcos de mi país son honrados con vuestra visita: hace tres años, abordo del blindado «O'Higgins», en las aguas de Magallanes, se os pudo escuchar á la par que al presidente de Chile la expresión de los elevados propósitos, que harán sólidas y perdurables la unión de ambos países, os dignáis traer á estos barcos, que han seguido las aguas de aquel blindado, el testimonio personal de la realización de aquellas nobles aspiraciones....»

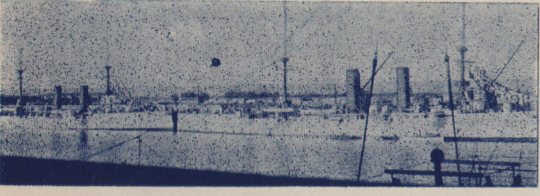
Del Ministro de Marina, Betbeder:

Señor almirante:

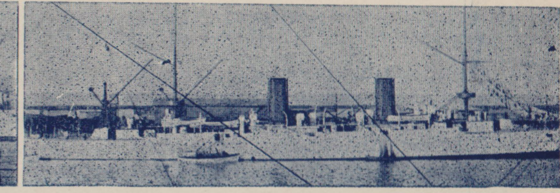
El excelentísimo señor Presidente de la República, á quien habéis ofrecido este almuerzo, ha querido que el Ministro de Marina agradezca y corresponda en su nombre á los apropiados conceptos que acabáis de pronunciar.

Buenos Aires.—La Avenida de Mayo

Vuestro recuerdo de una anterior visita del primer magistrado argentino á una nave chilena es justamente traído al dejar consagrada la gran de obra de paz y confraternidad internacional que entonces tuviera su más práctica y real iniciación, y han de permitirme, señores, que ligue por mi parte á tan solemne antecedente también el recuerdo de que fué en aquella oportunidad, y á pedido del malogrado presidente de Chile, que el señor Roca dispuso que la fragata «Sarmiento» hiciera escala en Valparaíso, y de este modo sus tripulantes tuvimos la suerte, por el solo título de argentinos, de recibir los mayores agasajos que se nos dispensaron en nuestro largo viaje, verificándose así con exceso lo que nos anticipara el excelentísimo señor presidente Errázurriz, el más caballeresco y decidido partidario de la paz y amistad de nuestros países que yo haya tenido el honor de tratar entre los ilustres hijos de Chile.



Buenos Aires.—Crucero «Buenos Aires»



Crucero «25 de Mayo»

. . . .

Señoras, señores:

En nombre del Excmo señor presidente de la República, os invito á beber por la prosperidad de la República de Chile y de su ejército y armada; por su Gobierno y por la ventura personal del Excmo. señor presidente Riesco».

Entre nosotros, con la fecha que se aproxima, el entusiasmo aumenta. El gobierno trata activamente de dar satisfacción á un programa de fiestas y de honores que piensa tributar á los enviados chilenos como digna recepción de su visita al Uruguay.

En cuanto desembarquen en nuestro puerto los ilustres huéspedes, serán conducidos en lujosos coches de gala acompañados de la Escolta hasta el Hotel Oriental donde se les ha alhajado con ricos muebles treinta habitaciones. El Palacio de Gobierne se está refaccionando y adornando rápidamente. En él el gobierno les ofrece un banquete.

La plaza Independencia será iluminada con una gran estrella de 1,200 luces con los colores de la bandera y 17 estrellas representando las provincias chilenas.

En todo el trayecto de la calle de Solís entre Piedras y 25 de Mayo, donde se encuentra el Hotel Oriental, se colocarán arcos voltáicos y en la esquina 25 de Mayo un gran arco de luz eléctrica con la inscripción «¡Viva Chile!».

En nuestro primer centro social, el Club Uruguay se anuncia un gran baile que se dice será sonado y al que asistirán los chilenos y el gobierno. Los salones del citado club se están engalanando, habiéndose decidido poner una exhuberante instalación de luz eléctrica.

El general Vázquez, ministro de la Guerra, les dará un banquete en el Hotel Oriental.

La juventud en su mayoría se ha asociado á las fiestas, firmando una convocatoria general, para ir en corporación hasta la residencia de los chilenos, con el objeto de manifestarles de una manera elocuente, lo mucho que se quiere al país andino y á sus hijos.

Banderas de todas las naciones, flamearán sobre Montevideo los días de estadía de los delegados, lo que le dará á la ciudad un jubiloso aspecto de la fiesta.

Sólo falta ahora que el tiempo no nos juegue una mala pasada y nos haga quedar con todo pronto.

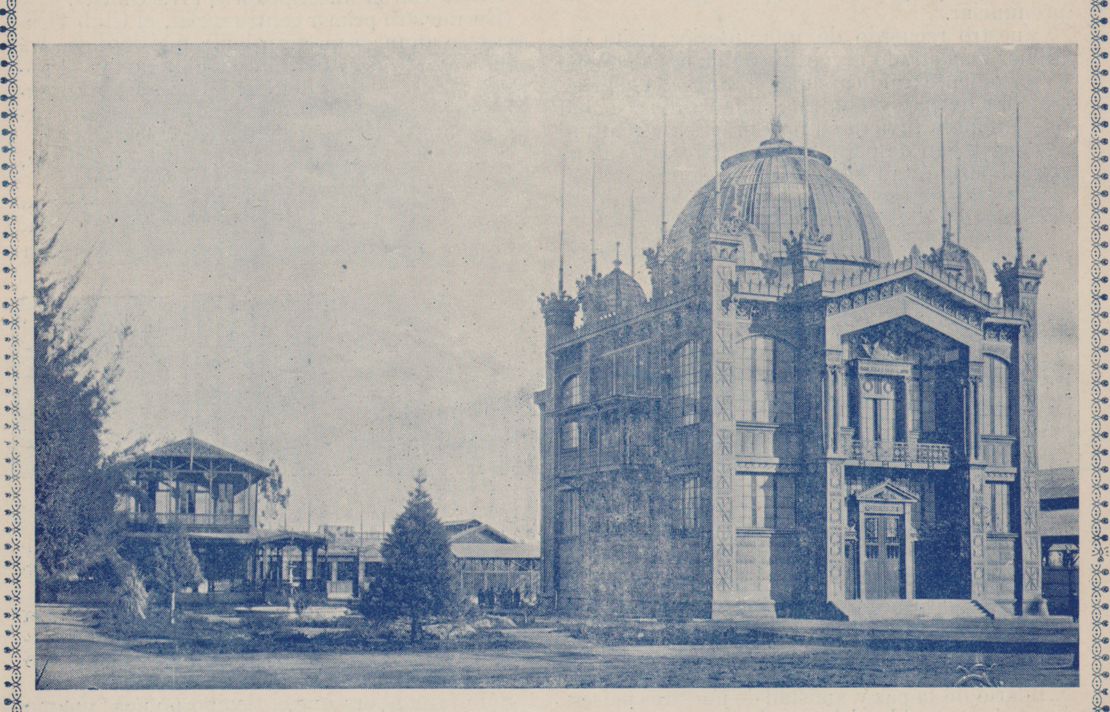
Las fotografías que adjuntamos á esta información, sobre las fiestas de Buenos Aires, nos fueron remitidas desde allí por nuestro corresponsal especial.

Chilenas

SANTIAGO DE CHILE



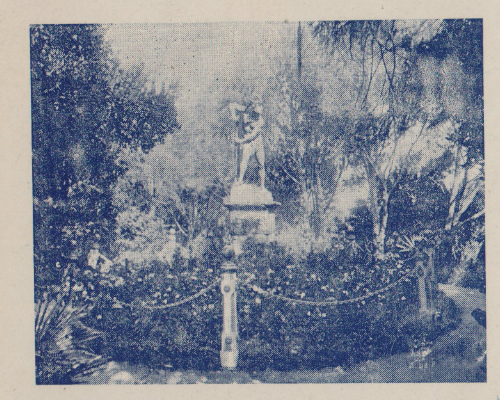
CATEDRAL, CAPILLA DEL SAGRARIO Y PALACIO ARZOBISPAL



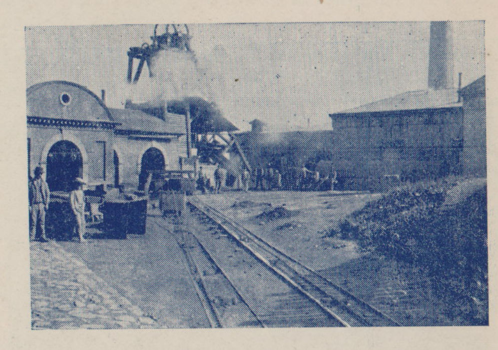
PABELLÓN DE CHILE EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS 1889, HOY PABELLÓN DE LA SOCIEDAD DE HIGIENE (QUINTA NORMAL DE AGRICULTURA)



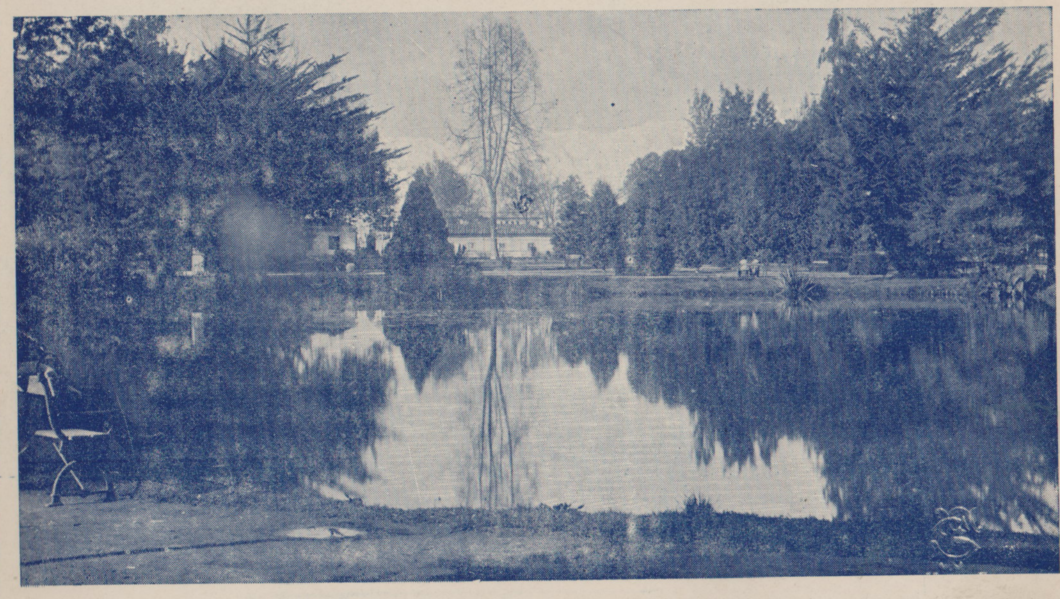
SANTIAGO DE CHILE.—PALACIOS DE LUIS ALDUNATE Y VERGARA (Alameda de las Delicias)



PARQUE DE LOTA.—ESTATUA DE CAUPOLICÁN



LOTA.—MINAS DE CARBÓN.—PIQUE ALBERTO



LAGUNA DE LA QUINTA NORMAL DE AGRICULTURA

Chilenas

Tipos y costumbres



Araucanas haciéndose la «toilette»



Caciques araucanos en traje de gala



Un velorio



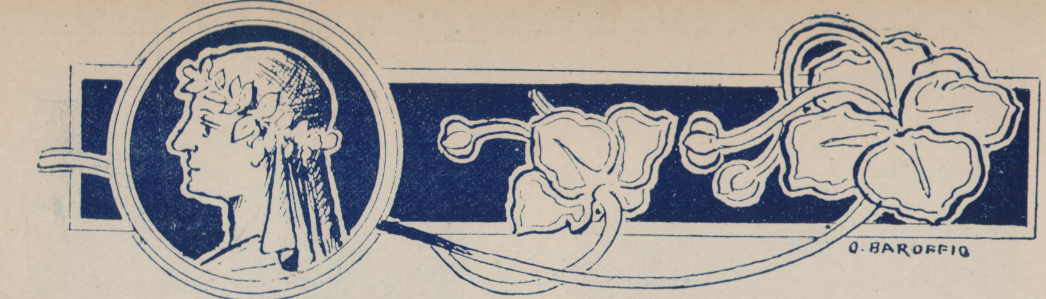
Vaqueros (troperos)



Araucanos jugando á la «chueca»



Un cementerio araucano



UN COMPATRIOTA CONDECORADO

Recientemente, ha sido condecorado por el presidente de la república de Venezuela con la Orden del Libertador, nuestro poeta Carlos Roxlo. En los círculos literarios del Uruguay y en los de América mismo, este acto del gobierno venezolano es casi único, lo que trae como consecuencia, que nosotros todos, al ser distinguido con tan alto honor un poeta del terruño, nos sentimos sumamente halagados en nuestro orgullo nacional.

Conocido es por todos los que le admiran al leer sus inspirados versos, lo mucho que vale este aventajado vate. Así es que todos pensarán como nosotros que la distinción venezolana es un cumplido acto de justicia. Es una de las tantas coronaciones más que Carlos Roxlo ha recibido del mundo ilustrado extra-frontera, que le ha consagrado, como nosotros hace ya tiempo, dios de primera magnitud en el Parnaso de las letras.



Carlos Roxlo

A pesar de las tareas legislativas que le absorben mucho espacio de tiempo y le alejan bastante por cierto de las Musas, el condecorado poeta ha editado hace poco tiempo un elegante tomo de poesías de gran resonancia en nuestras bohemias literarias, bajo el título de *Cantos de la Tierra*. Ellos encierran toda una fecunda etapa del camino á la cumbre de este poeta, que si ya no ha llegado, siente ya sus airecillos glorificadores.

El diploma y la insignia de la Orden condecorativa han venido á manos de Roxlo, acompañados de una expresiva carta del primer magistrado de Venezuela. Próximamente solicitará la correspondiente venia de la Asamblea General Legislativa para hacer uso legal de ella.

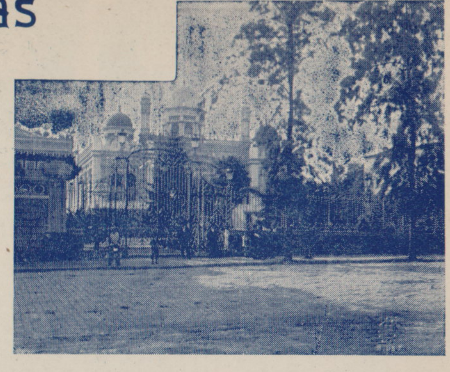


CHILE.—Monumento del roto chileno en la Plaza Jungai

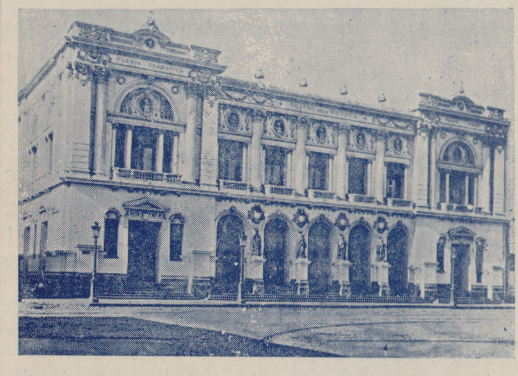
Chilenas



Portal Fernández Concha



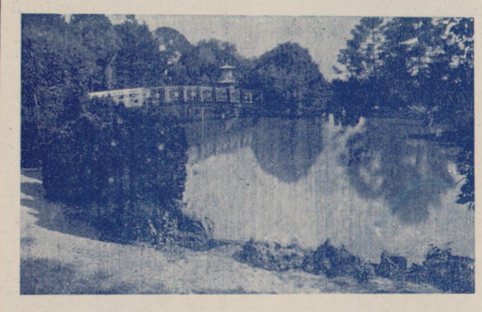
Quinta Enrique Concha Toro



Teatro de la Victoria—Valparaíso



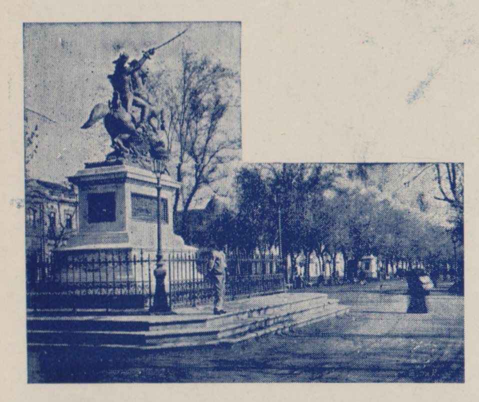
Plaza de la marina y monumento—Valparaíso



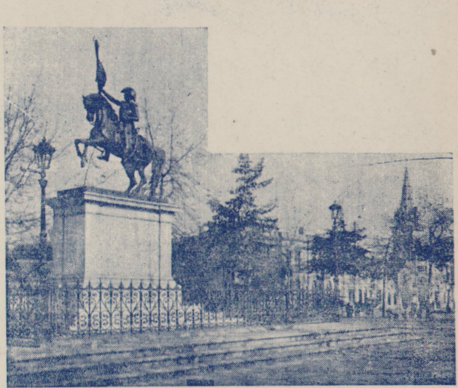
Parque de Lota—Laguna en el Parque



Parque de Lota—Palacio Cousiño



Alameda de Las Delicias—Estatua de O'Higgins



Alameda de las Delicias—Estatua de San Martín

Visiones de París

FLORES DE MAYO

En todas las calles, en las esquinas de todos los *boulevards*, las veo, llevadas y paseadas en elegantes y humildes carretillas que desbordan de pétalos.

Sus colores brillan, gozosos, á la sombra, al sol; por todas partes. Opulentas peonías rosadas y rojas, lirios color malva, azul... racimos de citisos, tulipanes amarillos como el oro y verdes como loros, «boules de neige», claveles, jazmines perfumando el ambiente de la calle.

Las bellas flores representan la primavera en todo su esplendor y en toda su gloria. Parecen sonreir radiosas á los que pasan por la calle. Diríase que tienen almas amorosas, viéndolas ofrecerse así á la orilla de la acera.

Los viejos las acarician con los ojos; y si la vendedora es linda, ó simplemente joven, se detienen ante la ambulante tienda y se emborrachan del perfume de las flores—rozando con relámpagos de deseo, el corpiño y la saya de la mujer.



¿Me acepta usted una flor?

Las peonías agrupan sus colores, hundidos los tallos en el verde húmedo que tapiza el fondo de la carretilla, olorosas como rosas y dulces como senos floridos. Junto á ellas--casi confundidos con sus robustos tallos—lirios pálidos, de cáliz color de oro, languidecen, locamente enamorados de la salud rosa la de las peonías mientras las «boules de neige», más modestas, pero sanas y decorativas, dormitan en círculo, conservando, bajo sus pétalos glaucos blancos, algo del rocío de la mañana.

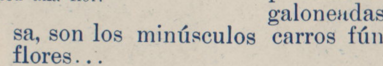
Los jazmines cantan y los claveles sueñan; concierto primaveral cuyas notas claras y bermejas suben entre la vida ruidosa de la *Ciudad Luz*.

Las mujeres, sin detenerse, clavan de esas flores en sus corpiños; los niños regatean un ramo de tulipanes fosforescentes y ofrecen dos *sous* por una rama de citiso...

Y sin embargo, todas esas flores hermosas, cortadas y arrancadas del arbusto en plena savia, están heridas de muerte.

Dentro de breves días descoloridas, lacias, marchitas, espirarán, exhalando su último perfume, á pesar de los cuidados fraternales de las mujeres á quienes el Amor ó la Amistad las habrá destinado.

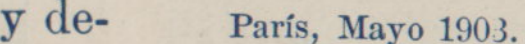
Mutiladas, agonizan en su túnica de gala y sonríen á todos los ojos —como niñas sorprendidas, en todo el esplendor de su gloria, por el verdugo.



Y estas carretillas tapizadas de seda blanca, galoneadas de azul y rosa, son los minúsculos carros fúnebres de esas flores...



KONDE KOSTIA.



París, Mayo 1903.

¡PERDÓN!...

Tus labios son rojos,
tu rostro azucena...
¡Si supieras, mi rubia divina,
las ganas que tengo
de besar esos labios de fresa!
¡Si supieras!... A veces, soñando,
mi espíritu vuela
y los aires recorre, buscando
arriba, en la etérea
y sublime mansión, donde moran
las vírgenes bellas,
tus labios divinos
que dos rojos corales semejan...
¡Ah! perdona, si á veces soñando,
mi espíritu vuela,
y al posarse en tus labios hermosos
temblando, los besa!...

J. C. L.

LA RUEDA DE LA VIDA

No se puede negar; desde que nace
va deslumbrado el hombre tras la risa;
mas cuando ya muy cerca la divisa
entre nubes de llanto se deshace.

Risa, llanto y después... ¿hay quién rechace
del bienhechor consuelo la sonrisa?
Vuelta á la rueda y luego. así, sin prisa,
llanto que aplana y risa que rehace.

Eso es vivir: sonrisas y dolores:
una pena que mata, una ventura,
una luz que se va, sombra que queda...

Primero el sol, la risa, los colores;
luego la noche, el llanto, la negrura...
y después otra vez vuelta á la rueda!

J. C. LABRA.

Solemnizando una fecha



Escuela de tercer grado núm. 1, para varones.—Directora: señorita Aurelia Viera

El sábado pasado se verificó en las escuelas públicas de la capital un acto cívico con motivo de al fecha del 25 de mayo, de celebración en toda América del Sur.

La Dirección de Instrucción Pública había ordenado que en la tarde del sábado, por ser el día hábil más cercano á la efeméride, todas las escuelas formasen en sus respectivos locales y allí, después de cantarse el himno nacional por todos los educandos, y después de un discurso histórico rememorativo dicho por las directoras de cada centro de enseñanza, darse por todos los alumnos á una un *¡viva la patria!* con la mano extendida, á manera de juramento.

Este acto cívico, á más de ser de alta conveniencia patriótica, por lo que á los niños educa en el cariño y veneración á la patria, era novedoso, por ser la primera vez que se efectúa en nuestrs escuelas, por lo que creímos de interés ofrecer una información gráfica, tomada en uno de los institutos de enseñanza más importante del Estado: en la escuela de tercer grado número 1 de varones, de la que es directora la inteligente educacionista señorita Aurelia Viera.

Por ella nuestros lectores se darán cuenta exacta del acto mencionado, cuyas vistas hemos podido obtener con alguna dificultad por ser la hora en que aquél tuvo lugar bastante avanzada de la tarde. Presenciaron la ceremonia cívica las primeras autoridades escolares.



Directora y personal enseñante



La guardia de honor de la bandera



Los alumnos dando el *¡Viva la patria!* *Ints. de Ramón Blanco*

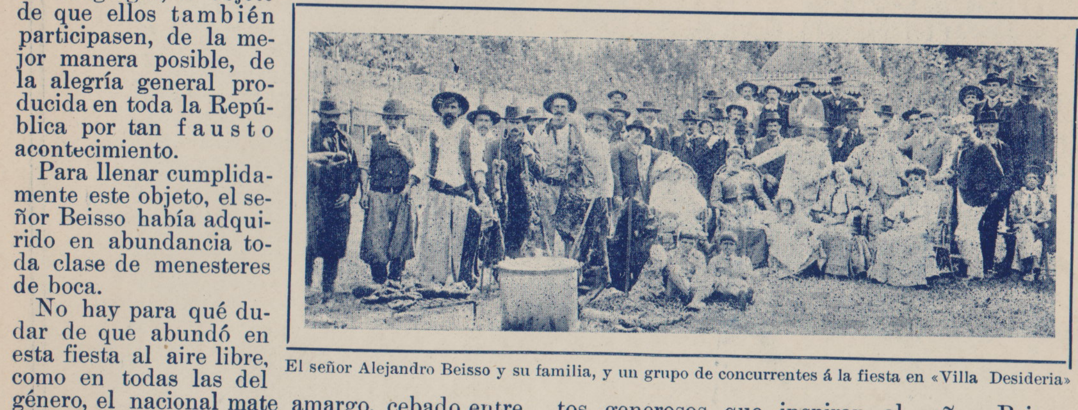
Fiesta campestre

En el establecimiento ganadero-industrial, que posee el acaudalado señor Alejandro Beisso en el Rincón de Albano, intitulado por él «Villa Desideria», se verificó el mes pasado una animada fiesta campestre en celebración de la paz.

Tomaban parte en ella algunas familias de la capital especialmente invitadas, y un numerosísimo núcleo de vecindario, en su mayoría pobrerío, que el señor Beisso tuvo decidido interés en congregar, á objeto de que ellos también participasen, de la mejor manera posible, de la alegría general producida en toda la República por tan fausto acontecimiento.

Para llenar cumplidamente este objeto, el señor Beisso había adquirido en abundancia toda clase de menesteres de boca.

No hay para qué dudar de que abundó en esta fiesta al aire libre, como en todas las del género, el nacional mate amargo, cebado entre los fogones encendidos, bajo los amplios pucheros cargados de un mosaico de carnes y verduras, que es el plato imprescindible de nuestra tierra. Guitarras y guitarreros y payadores, ni qué hablar. A impulsos de la alegría, á todos nuestros paisanos se les vuelven ágiles los dedos, la cabeza un almacén de ideas y consonantes, y las coplas en raudales se les salen solas de las bocas, entre aprobaciones entusiastas, francas carcajadas y estruendosos aplausos.



El señor Alejandro Beisso y su familia, y un grupo de concurrentes á la fiesta en «Villa Desideria»

Y este tren de ambiente, se pasaron de la mañana á la noche los concurrentes de la tenida solemnizadora, que ha dejado profundos recuerdos y agradecimientos para el generoso iniciador de ella, don Alejandro Beisso.

Conocidos son de todos, y en especial del vecindario de Rincón de Albano, los sentimientos generosos que inspiran al señor Beisso, siempre dispuesto á remediar los tantos males que afligen á la clase pobre y menesterosa. En nuestra capital numerosas son sus contribuciones á la beneficencia, y prueba de ello pueden dar diversas instituciones que le deben á él mucha parte del adelanto que les gobierna, y las facilidades de caridad que ofrecen á nuestra por desgracia abundante legión de desheredados.

Un nuevo invento

Personas de la familia del suizo Luis Casella, nos ha facilitado el retrato que publicamos y algunos datos suyos que dan cuenta de un nuevo invento hecho por él en Zurich, ciudad de su residencia, que es un progreso más para la electrotecnia.

Trátase de un nuevo acumulador de electricidad que tiene la superioridad sobre todos los otros sistemas empleados hasta hoy, en el hecho de que en menor volumen y con solo un kilo y medio de peso, almacena mucha más fuerza eléctrica que lo que pueden almacenar aquéllos en proporción y peso corriente.



Luis Casella

Recientemente este nuevo acumulador ha sido examinado detenidamente por el ingeniero especialista Burghiss, de Londres, y los experimentos ejecutados en presencia del inventor, dieron resultados completamente satisfactorios.

El nuevo acumulador ha sido inscripto en Inglaterra, para la obtención allí del privilegio.

El joven inventor Casella, sólo tiene veintiún años y ha conquistado por sus méritos el honroso cargo de primer electrotécnico del establecimiento *Corso Theater* de Zurich.

Los diarios llegados de Suiza se ocupan favorablemente del invento del joven Luis Casella.

Autumnal

La tísica, la pálida ojerosa,
La de doliente faz y blanca mano,
Se levantó de pronto temblorosa
Y fué á tocar en su tremente piano.

Las salas se poblaron de sus notas,
Y efluvios y cadencias aromadas,
Cual bandadas de innúmeras gaviotas,
Volaron con sus alas destrozadas...

Desde esa tarde en que faltó su novio
Enluteció su alcoba aquella artista,
Y cambió con orgasmo y con oprobio
Su amado por el piano y el batista!

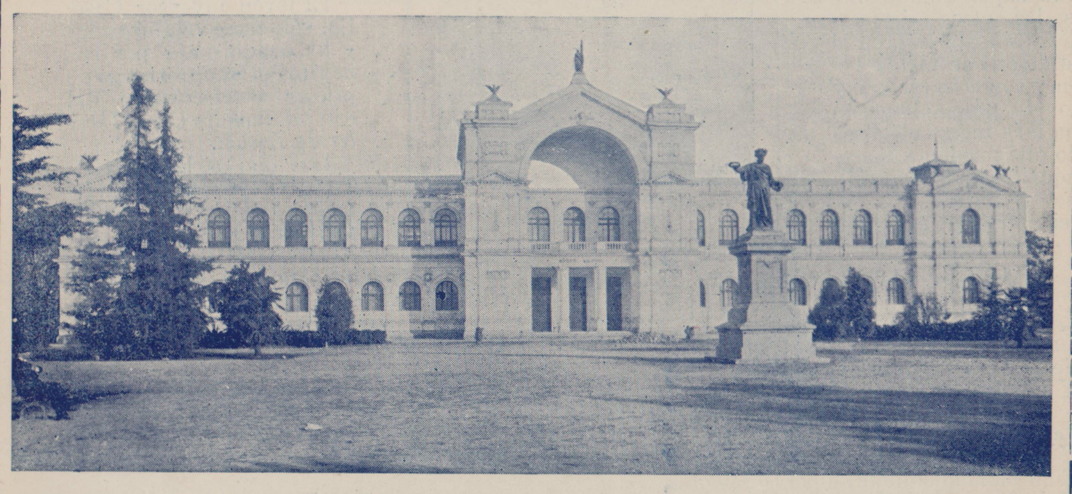
Después en la solumbra del olvido,
Náufragos del amor los gratos dúos,
Huyeron asustados de su nido
Como grupo nictálope de buhos...

JUSTO PASTOR RIOS.

Habana.



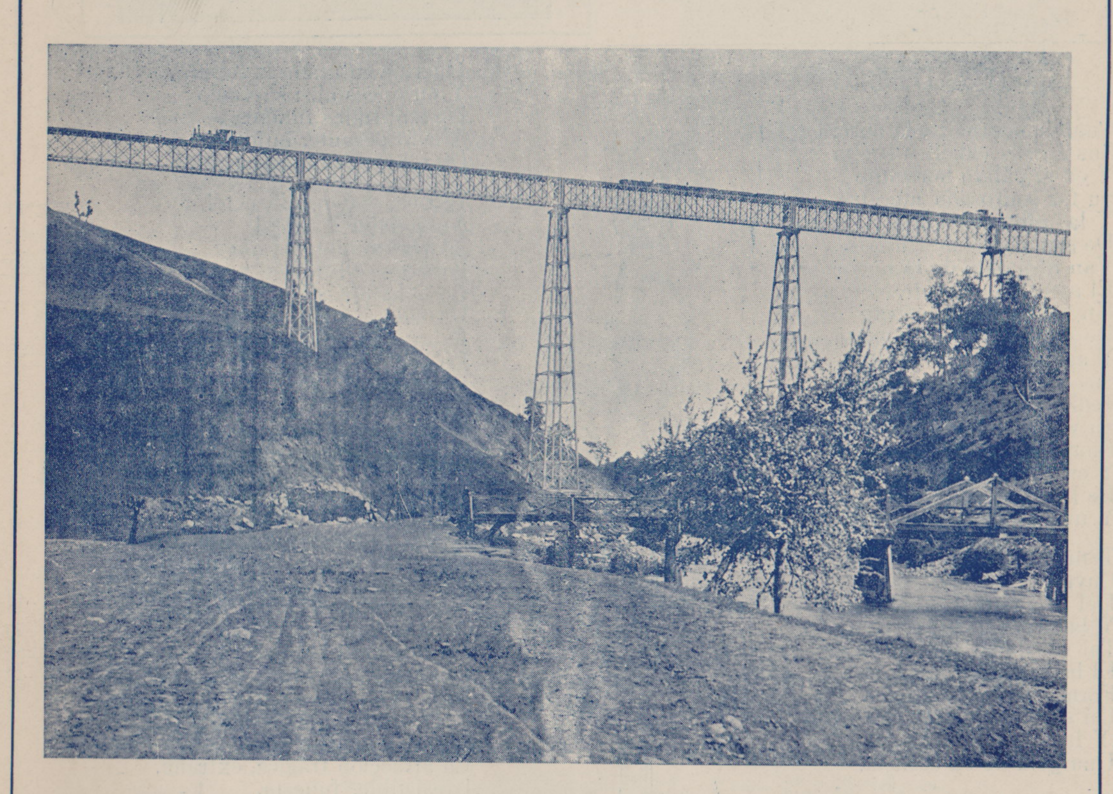
SANTIAGO DE CHILE—MONUMENTO DE LAGUNA EN LA QUINTA NORMAL DE AGRICULTURA



QUINTA NORMAL DE AGRICULTURA



SANTIAGO DE CHILE.—MUSEO MILITAR



VIADUCTO DEL MALLECO DEL FERROCARRIL DEL SUR.—Longitud: 347 m. 50, vía metálica. La total es de 407 m. 87. Altura desde el plano del río: 99 m. 70 centímetros

El mejor canto

Una tarde me dijo la amada de mi corazón:
—Dime uno de aquellos cantos que tú sabes, poeta pálido del país de la nieve; uno de aquellos cantos que hablan de rubias mujeres, cautivas en fortalezas obscuras, y de garridos donceles que al pie de la ventana ojival cantan sus amores al son del laúd.

Vibraba en nuestros corazones la primavera de la vida, y la brisa llegaba á nosotros, llena de aromas, cantando la primavera de la naturaleza tropical.

A los naranjos en flor del parque empezaban á llegar las aves de plumas doradas, y en el azul del cielo brotaban las primeras estrellas, en tanto que á lo lejos, sobre el lago dormido, resplandecía la última llamarada del sol.

Con sus ojos grandes y azules clavados en mí, y con sus rubios cabellos regados por los hombros de nieve y de rosa, allí á mi lado, en aquella tarde de sueños y de amor, parecía una de aquellas hermosas cautivas á quienes cantaban los garridos donceles, al son del laúd de oro, al pie de la ventana ojival.

Cogí en mis manos trémulas sus manos de alabastro, y con timidez llevé á sus labios ardientes los labios míos, donde dormían los besos.

La noche empezó á cubrirnos con las alas de sombras, y no me pidió más cantos la amada de mi corazón.

Ismael E. ARCINIEGAS,
(Colombiano).



Claro oscuro

Cuando sonriente, la aurora
Sus áureos cabellos suelta
Y en el pálido horizonte
Su faz sonrosada muestra,
Y las albas avecillas
De sus manos marfileñas,
Van rasgando de la noche
El amplio manto de niebla,
Un níveo, frágil insecto
De sus ensueños despierta,
Y agitando dulcemente
Sus alas leves, etéreas,
Sediento en busca de flores
Su vuelo ondulante eleva.
Flores que recién se abran
Y en sus copas soñolientas,
Le brinden savia, perfumes
Y una llovizna de perlas!

Tenue, vaporoso insecto
Cuyas alas nacareñas,
Del lirio tienen la albura
Y la suave transparencia,
Tal vez de su vara al toque
El hada Delicadeza,
Formóle de una sonrisa
Un silfo, un sueño, una perla.
¡Y la luz dióle por sangre
Una gota de su esencia!

Existe un lúgubre insecto
De alas pesadas y negras,
Que espera ansioso el momento
De silencio y de tinieblas
En que en brazos de la noche
Duerme enlutada la tierra,
Y entonces alza su vuelo
De lentitudes funéreas,
¡Vuelo pesante, fatídico,
De vibraciones siniestras!

Tétrico, ominoso insecto!
Animalaña funesta!
Al vivo fulgor del día
Permanece inmóvil, yerta,
La helada sombra nocturna
Da vida á sus alas muertas,
Es que tal vez de la noche
Le brinda la copa inmensa,
De la esencia del misterio
El vivificante néctar,
Esencia que por lo oscura
Parece su propia esencia!

Raro, sublime contraste!
Atrayente diferencia!
Aquel, una estrella alada,
Este, un girón de tiniebla;
Aquel graciosa alegría,
Este fúnebre tristeza;
Aquel tiene la celeste,
La luminosa belleza,
Del astro claro, radiante,
De una sonrisa angélica,
Este tiene la sombría
Severa magnificencia,
La atracción trágica, extraña,
Irresistible, funesta,
Del abismo devorante!
De la sima negra, tétrica!

Delmira AGUSTINI.

Montevideo, 1903.

—Oye, abuelito; los niños que yo he visto que andan por todas partes sin zapatos, no tienen padre ni madre, ¿verdad? Y van así para que ellos los vean y la Virgen también, ¿no es verdad?

El abuelo caminaba silencioso. Todo el pasado le hablaba en aquel amanecer de aldea. Los grandes portalones de las casas que dejaban atrás, las eras, los corralillos, el pozo de la nieve... ¡Cuántas veces había andado su hija aquel camino cuando era como la niña que ahora llevaba de la mano! ¡Cuántas veces le había pisado con sus zapatos nuevos el día de la Virgen cuando era ya mocita y daba envidia á los mismos ángeles con las rosas de sus mejillas, más frescas que las flores que llevaba prendidas en el seno y en aquella mata de pelo negro como la endrina!

Allí estaba el vestidito negro de la niña para que los recuerdos le agolparan las lágrimas á los ojos.

—No hay hija—se decía en un monólogo rapidísimo.—Te la han llevado de tu casa, te la han casado. Y los dos han muerto: el que te la llevó, al verla morir, se murió de tristeza, y para que tú no te vayas también, Dios te ha enviado esa manecita blanca que tienes ahora entre las tuyas. Con sus deditos de nieve esa mano te sujeta en el mundo. ¡Apriétala bien para que Dios no te la quite!

Asomaba por el Oriente la franja roja de una nube iluminada apenas por los primeros rayos del día; el cielo junto á la tierra alboreaba claridades de plata; las estrellas fulguraban con destello más lejano y más ténue; todo el campo, extendido en una llanura suavemente ondulada, aparecía á la primera luz con sus enormes surcos, sus vereditas perdidas á lo lejos, sus verdes espigas agitadas por blandas rachas del airecillo matinal.

—Abuelo—dijo la niña,—¿qué son esas rayas negras?

—Son los surcos.

—¿Y por qué los hacen cada vez más chiquitos?

—Eres tú la que los ves así.

—Allí donde se juntan todos está el cielo, ¿verdad? Y andando, andando por este camino, aquella casa grande es donde está la Virgen. Desde que tú se lo prometiste, ella nos estará esperando. ¿Nos habrá visto ya? Como vamos descalzos, bien sabe ella que tú eres el abuelo y que yo soy Pilar. ¿Verdad?

—Sí, nena.

Las hierbecillas y los terrones que llenaban el camino la hacían daño. No quería quejarse para que su abuelo no lo notase y se admirara de verla tan valiente. Pero una espina traicionera la hirió en el pie, y cuando ella sintió el dolor no pudo contenerse.

—Abuelito—sollozó—mira, ¡sale sangre!

El abuelo sentóse en un ribazo del camino, coronado de vides, La niña extendió su piecesito herido. No veía nada... ¡nada! ¡Estaban aquellos ojos tan torpes! Al fin halló la espina y la sacó cuidadosamente. ¡Vamos allá! ¡A andar otra vez! ¡Otra vez al camino!

Cuando llegaron al atrio de la ermita, la niña iba silenciosa. No lloraba, pero tenía la cara compungida. Los dos pies, llenos de punzadas y arañazos, la dolían y la pesaban como si fueran de plomo.

Entraron, y cogidos de la mano se arrodillaron ante la Virgen. ¡Qué hermosa era! A la luz de las lámparas suspendidas de la bóveda á uno y otro lado de la imagen, resplandeciente de oro y pedrería, la nieta vió que la Virgen la miraba sonriendo.

El viejo había puesto en el suelo su bastón y su sombrero. Las rodillas hincadas, la cabeza inclinada hacia la tierra, los pies desnudos, manchados también de sangre. Al lado de las ropitas de la niña y de su hermosa cabellera negra, su chaquetón de paño parecía más burdo y sus canas más blancas.

Como la Virgen sonreía sin dejar de mirarla, la niña dijo en voz muy baja:

—Venimos para que papá y mamá, que están contigo, vean que soy buena, y para que tú lo veas también.



Señorita Laura Montefiore

Y el abuelo:

—Venimos para que sepas que esta niña es tuya, y si yo falto, separes de su camino las espinas y las piedras.

La Virgen seguía mirándolos con su sonrisa divina y protectora. La rezaron fervorosamente; después se pusieron en pie y salieron sin hablar palabra. El campo estaba inundado de una luz mágica; el sol ardía en rayos de oro, surgiendo de la tierra esplendoroso, celeste, triunfador: cantaban los pajarillos en los árboles de la ermita; cabeceaban las espigas sobre sus tallos, ondulando al soplo perezoso del viento; poblábanse los caminos y las veredas lejanas... El alba reía en los trinos de los pájaros, en las canciones de los muleros, en las campanas de la iglesia del pueblo y en la voz de aquella niña, que con sus pies descalzos caminaba hacia el porvenir conducida por la mano temblorosa de un viejo.

Luis BELLO.



Campesinas

Los picos de las montañas resplandecían á lo lejos con hialinas tonalidades. Oíanse profundos estallidos de mármoles rotos á impulsos de esa fuerza que cincela los bloques y los peñascos. Mirábase el confín circuido de una cordillera azulada, cuyos bordes mordían el cielo azafranado. De los parajes donde debían ser las quebradas, surgían neblinados y radiantes vapores, y de las partes altas el sol se derramaba en anchurosos ríos de gualda. Una aura, como un débil sonido de plata, corría. Delante de los ojos, hasta perderse en la línea descripta, se presenta la uniforme superficie de la meseta, ondulante de gramilla madura, olorosa á fécula. Es un lago de hierba. El viento hincha las espigas en la siega derrochadora del polen y un lento ondeo, semejante al palpitar de las plumas, se extiende por la llanura. Cuando más,



La Gruta del Manantial.—Estancia de B. Lorenzo Hill (Colonia)

vése un arbolillo ruinoso, cubierto el tronco por un montón de ceniza, que anuncia las estaciones de los viajeros. Sobre sus ramas calcinadas se acurruca un buho. Lanza su amarillenta mirada á la tarde y dormita. Aquel buho espera la noche.

Giran en el aire nubes de mosquitos, pasan bandadas de torcaces hacia las cumbres, revuelan en círculos los teru-teru, anunciando los rumores. Y de improviso, en el horizonte, aparece una nube de polvo. Crece, toma aliento, una impulsión extraordinaria. La tierra comienza á borbollar cerca del cielo. Es una faja parduzca, iluminada á sesgos por los rayos del sol que la cortan por brillantes bastones. De aquel germen de tempestad brota un aliento. Poco á poco se ennegrece, se difunde, abre sus maravillosos pliegues, y se oye indistintamente, algo parecido á un resoplido formidable y á un galope siniestro. La meseta se ve entonces coronada por un escuadrón salvaje de hacienda bravía. A la distancia semejan millares de escarabajos revoloteando. Hormiguean y zumban. Baten alas de cueros... Se distinguen las cornamentas, los pelajes, las formas hercúleas de su inmensa mole de carne robusta, y el suelo retiembla al eco de su marcha.

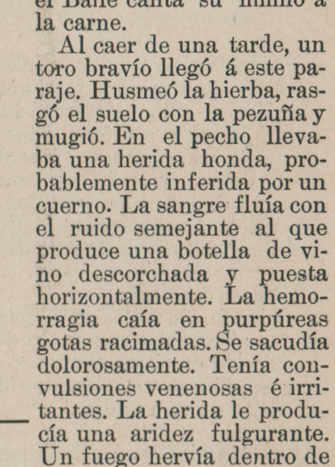
Van hacia el poniente. Se les siente venir en columna como un escuadrón de caballería al son de ataque. Se acerca un bramido que parece brotar de largos tubos de cobre. La tierra sube en altos remolinos que giran en el aire. La hierba se troncha. El campo dilata sus senos y recibe gozoso aquella avalancha que cunde en erupciones estrepitosas y que se revuelve en oleadas sacudiendo desordenadamente el penacho de las colas. Parece, el todo, un gigantesco músculo, cuyos nervios de trenzas metálicas, se ve allá revibrar entre una pasmosa hemorragia. Llega un momento en que todas las cabezas desaparecen á la vista, y se alza un solo lomo vívido, sin patas que se le distingan, ensordeciendo la campiña.

De pronto la masa se divide. Dispérsanse por todos lados grupos de animales, y en un claro formado en el centro se divisan dos toros nuevos, de frente, con los testúz inclinados, rugientes, batiendo la tierra. Uno lleva pelaje colorado, el otro un cintado barroso, que culebrea á su hesitación. Un sordo clamor les envuelve, como las protestas de los bandos revolucionarios. Los novillos se encienden de una electricidad latente, y se corren. Las vacas revientan en celos, y se arremeten. Los terneros sienten sus primeras pujanzas, y luchan. El conjunto gira en torbellinos, que van coloreándose de las diversas tintas de sus pieles. Los gladiadores del centro permanecen impasibles: se miran de hito en hito, sueltan sus lenguas, vomitan saliba. Se cree oir el arrastre poderoso de dos inmensas alas de gallos olímpicos... De un golpe viene á tierra, una vaquillona, sobre la armazón clavicular. A su alrededor se aglomera un tumulto, embriagado y enfurecido, pisoteándose, lastimándose.

Los dos toros que se amenazaban, se arremeten. Un cuerno, como una espada que viene de lo alto, traspasa al uno. Brota la sangre. El herido, iracundo, prepara un choque formidable. Se hace hacia atrás, toma empuje, y descarga. El atacado, con una agilidad hasta entonces no vista, flanquea y se muestra á su retaguardia en actitud hostil, hinchadas las mandíbulas por el soplo de un bramido que parece sonar abajo de la tierra. Se contemplan de nuevo. Se miden, se observan, se saludan. Un rastro de polvo arrancado por la pezuña, traza una línea y cae sobre el anca. Se empeñan, se persiguen, se corren. Todos sus músculos laten... ¡Ya se alcanzan!.. Vuelven á evitar el ataque. Y se confunden en los borbollones de la tropa. Luego salen á campo raso. Trota el uno tras del otro. El herido va adelante. El perseguidor lo sigue brioso, rugiendo con descargas de truenos, que hacen eco en la muchedumbre, por medio de una serie de balidos erizantes. Mil pupilas se dirigen á ellos. La mayoría permanece en suspenso. Empiezan á trotar algunas vacas en esa dirección.



Félix Alberto Gervais



Repentinamente, el herido se vuelve hacia su adversario, fulminante de cólera. Este se detiene; aquel sin tiempo de precisar donde mismo se encuentra, se abalanza ciego de furor, con sus ciento cincuenta kilos de carne y nervios, reducidos á la proyección máxima de las fuerzas, y los cuerpos retumban con con un golpe mortal. Sale el cuerno hasta el rabo tinto en púrpura. El perseguidor bambolea, muge dolorosamente y rueda... Un tumulto le cerca, reconociéndolo con sus humeantes narices. El espacio se espesa de negros clamores. Los mugidos imprecan y lloran. El resto de la tropa dispersada, acude al lugar del atentado en furioso tropel, y une sus lamentos á aquel concierto desolador y salvaje. El matador se pone al trote hacia las cumbres, mientras en el cielo comienzan á rodar las nubes, como magníficas rosas desprendidas de las coronas de los querubines...

. . . .

Y de improviso aparecen los camperos en la llanura á galope tendido, con las alas abiertas de los guardamontes. Grita la voz humana, vibra el látigo... Y toda esa inmensa mole bravía, rugiente y dominadora, obedece como un rebaño de ovejas á su pastor, desfilando hacia las lejanas alamedas...

—

Un arroyuelo se precipita de las alturas en un delgado hilo sonoro. A su contacto, las rocas se visten de un musgo verdoso, húmedo, resbaladizo, especie de esenciosa jabonadura, destilada gota á gota de los intensos ramajes. Los molles se escalonan por ambas orillas en todo su curso y le protegen de un velario azulado. Baja por un plano de inclinación, que se interrumpe en canaletas rebullidoras, ó en redondas fuentes circundadas de botones de oro, donde el agua reposa. Allí suelen escucharse los rugidos de las gargantas ardientes, que vienen de las serranías en procura de su dulce refresco. Llega así hasta las amplias higueras, susurrando, y allí se ensancha en lujosos cabrilleos, de perladas sonoridades, que cubren la orilla rocallosa de espumas opalinas, donde ansiosas, se remojan las pintadas aves. Las higueras despliegan su follaje, tinto en fruta. Y como ningún árbol, el susurro de las hojas, remeda el crujir de los encajes en pudibundas hermosuras. La sombra traza enrejados caprichosos. El olor de los higos se confunde con el olor de las matas. Allí las graciosas serranas, tienden sus delantales á los apuestos novios, y se inician entre el canto de los pájaros, en la vida pastoril de sus amores. Aún resuenan los relinchos de las caballerías, gorjeos de amor, exhalaciones de sonrisas, y ecos de triste al compás de las vihuelas; ondulan las vaporosas enaguas, ruedan las parejas y el Baile canta su himno á la carne.

Al caer de una tarde, un toro bravío llegó á este paraje. Husmeó la hierba, rasgó el suelo con la pezuña y mugió. En el pecho llevaba una herida honda, probablemente inferida por un cuerno. La sangre fluía con el ruido semejante al que produce una botella de vino descorchada y puesta horizontalmente. La hemorragia caía en purpúreas gotas racimadas. Se sacudía dolorosamente. Tenía convulsiones venenosas é irritantes. La herida le producía una aridez fulgurante. Un fuego hervía dentro de él, y de su garganta salían fumaradas tenebrosas. Por momentos, como si le aplicaran en las distintas partes del cuerpo un hierro enrojecido, arremetía con el pecho al tronco de las higueras, y quedaba estremeciéndose en un bramido cavernoso. Huía, se detenía, se revolvía y se animaba á limpiar la llaga con su lengua. A poco recrudecía el punzante dolor que le quemaba, le minaba y le mataba. Su boca arrojaba espuma contagiosa, sus ojos se entenebrecían. Comenzó á encolerizarse y atacó el matorral á golpes de asta. Después, jadeante, se hundió en las aguas del arroyo, chapoteando, bramando. Asentado en los muslos y las manos de fianza, con la cara á lo alto, imprecaba. El agua no le refrescaba, la sangre corría, su vida amenguaba. De repente, le acometió un acceso de rabia; intentó disparar á la carrera; se encabritó, y como si hubiera sido fulminado por un rayo, vino á tierra, temblando, con un ronquido. Empezó á revolear la cola, palpitó un instante y quedó inerme... El follaje crujió al vuelo de las alas.

Y casi simultáneamente se oyó entre las ma-

lezas el rumor de las garras... La noche resplandecía de sombra... Aparecieron unas fauces enormes, con óseos serruchos y lenguas rojas. Un tumulto de hocicos se arrimó al cadáver. Tentaron. Después pareció que rasgaban un raso. Las manos se hincaban en el lomo y corrían hasta el anca desgarrando. La carne se abría en tiras ó hilachas de lacre vivo y humeante. Las bocas se hundían hasta las narices, para beber el caldo de ese cuerpo, tibio y purpúreo. La saña crispaba, encendía y fulminaba á estos seres deformes... De improviso la masa se arremolinó, las manos se afirmaron en los restos de la víctima, los ojos relumbrantes se dirigieron á los cielos... Y las ráfagas de unas melenas heróicas temblaron en los aires... Los pumas todos, rugían á la vez, con un clamor que erizaba el velo de las tinieblas, que agitaba las copas de los árboles, que parecía brotar en largas flámulas rojizas de los senos profundos de las montañas encolerizadas, y que se sentía subir en la noche sombría, como gritos perversos de conciencias malvadas, como ayes dolorosos de condenados, como rebeliones delirantes de flamígeros satanes...

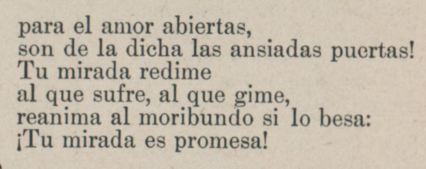
. . . .

Las aguas del arroyo se deslizaban murmurando...

José María VÉLEZ.



Stella María



Sobre la tierra muda, adormecida
en el éter, sin notas ni colores,
surgió el sonido y despertó la vida,
surgió la luz y abriéronse las flores.
¡Oh, la ilusión hermosa fenecida
brota de nuevo en la esperanza cierta!
¡Oh, ya en mi alma de dolor vencida,
se enflora á tus miradas el Ensueño
y á los conjuros de tu voz despierta!

¡Primavera divina,
ondulación de notas y fulgores:
llegas al corazón con vuelo de ave,
fundiendo en ritmo suave
el alba de una estrella,
el canto de una ondina!

Abres los ojos y en sus llamas arde
el destello perenne que ilumina
el misterioso alcázar de los cielos;
se oye tu voz y el alma se imagina
el concierto inmortal de los querubes
cantando las delicias de los dioses
en sus tronos de estrellas y de nubes.

¡Canta! Tu dulce acento es el latido
de la esperanza que al dolor resiste!
¡Canta, porque reviva la Quimera!
¡Tú eres la maga hermosa y hechicera
del poeta y el triste!

¡Fulge, que el corazón en tu mirada
ve augurios de victoria
de redención y gloria!
¡Fulge, que tus pupilas rutilantes
para el amor abiertas,
son de la dicha las ansiadas puertas!
Tu mirada redime
al que sufre, al que gime,
reanima al moribundo si lo besa:
¡Tu mirada es promesa!

Tu faz de ángel risueño
tiene el albor de las nevadas cimas.
Tú has surgido tal vez de algún ensueño;
tú eres flor de otros climas.

Al mirarte, mi pecho se conmueve
y ufano en tu belleza se extasía.
¡Mi corazón anhela tu ambrosía,
flor de oro y de nieve!

Tu destino es brillar, como es el mío
morir sin nombre en la afanosa lucha.
¡Ave, Stella María,
cuando tú duermes se entristece el día,
cuando tú cantas, el Señor te escucha!

¡Salve y reina, visión encantadora
que luces en la ardiente fantasía
de mi alma soñadora,
Primavera y Aurora!
¡Fulge y revive la ilusión ya muerta;
canta y arrulla la esperanza mía,
enflora á tus miradas mis ensueños
y de tu voz al celestial conjuro
mi corazón despierta!

Fernando de ZAYAS.



El teniente de los gavilanes

POR ZAYAS ENRIQUE

Abajo reinaba aún la calma precursora de las grandes tempestades.

Los árboles crujieron angustiados por la tortura de la electricidad, que impregnaba el ambiente, y hasta las piedras parecía que se quejaban.

Después quedó el horizonte cerrado.

Se oyó un ruido ronco, como si jadeante la tierra, antes de comenzar la lucha á que la obligaban, respirase con fatiga, para tomar aliento.

Después se rasgó el tupido cortinaje de las nubes y serpenteó el rayo.

Parecía una espada de fuego abriendo el vientre de tinieblas de un monstruo apocalíptico, por cuya espantosa herida se desbordó una catarata.

Retumbó el trueno, repercutido hasta lo infinito por los ecos de la montaña; volvió á brillar el relámpago, el rayo hirió un árbol corpulento, á pocos pasos del grupo de los jinetes, y los caballos se encabritaron y piafaron después con terror.

V

—Es una manga de agua, dijo el sargento Medina.

—¡Una tromba! Es la primera que veo, exclamó Varela gozando con aquel sublime espectáculo.

—Jefe, con permiso de usted, aquí cerca hay una especie de cueva, dijo Medina, y bueno sería que nos abrigásemos en ella, porque esto va á ser muy duro.

—A la cueva, pues, muchachos.

Y espolearon las cabalgaduras, las que se mostraban rehacias y acobardadas.

Y la Naturaleza, ebria de furor, ávida de destrucción, enardecida, delirante, ciega, se entregó á una obra de exterminio salvaje, sin encontrar valla ni dique, más soberbia mientras más destructora; más implacable mientras más victoriosa.

El cuadro era aterrador.

Figuraos un titán que con las manos desgarra las nubes y con los pies huella y remueve la tierra; figuraos el infierno arrojando sobre un solo y mismo punto del planeta, todas sus llamas, todas sus imprecaciones, todos sus lamentos, todos sus horrores; figuraos el cataclismo precursor del desequilibrio del globo, el caos, los mayores contrastes, las tintas más sombrías rasgadas por los toques de luz más deslumbrantes; los estruendos más espantosos, y comprenderéis lo que era aquella batalla en la que la tierra, el fuego, el agua, y el aire, reñían sin punto de sosiego.

Un arroyo, vena de agua apenas apreciable, empezó á engrosar, hasta convertirse en formidable arteria, la que, á fuerza de tanto hincharse, reventó inundando el valle.

Arroyo primero, fué luego un torrente, y por fin un océano, que en sus revueltas aguas llevaba tierra, hierbas, arbustos y animales, y que más tarde arrancó de cuajo árboles seculares, y, por último, arrebató no solamente las chozas de míseros campesinos, sino también las casas que se levantaban más firmes en sus cimientos, como queriendo atajar el nuevo cauce que ahondaba la prepotente planta del titán.

Después cesó la lluvia poco á poco; el viento cuyas ráfagas fueron cada vez con mayor intermitencia, y menor violencia, se calmó, enmudeció el trueno y volvió á lucir el sol, curioso por ver el campo de devastación.

A lo lejos se perdía la tempestad como una carcajada de Satanás victorioso, sumergiéndose de nuevo en su tenebroso antro.

Más cerca, se escuchaban los mil estruendos del agua tumultuosa, embravecida, desbordada, triunfante.

Parecía percibirse la plegaria de los vencidos, de los infelices que ya no esperaban nada de los hombres, y confiaban sólo en la misericordia de Dios.

Y sobre todo eso, el tañido de la campana de algún pueblecillo cercano; esa voz plañidera de la religión, que haciéndose intérprete y abogada de la humanidad, imploraba gracia de la Providencia.

VI

Martín Varela y su escolta tuvieron la fortuna de llegar á la gruta indicada por el sargento Medina, antes que se desencadenara la espantosa tormenta.

Diez minutos más tarde les habría sido imposible llegar hasta allí, pereciendo de seguro, arrebatados por el torrente que corría á lo largo del camino que conduce á León.

—¿No se inundará esta cueva? preguntó Varela alarmado por el incremento de la tempestad.

—No hay cuidado, mi jefe; para que se inundara sería preciso que rebosara primero el valle.

—¡Qué contratiempo! murmuró Varela.

—Jefe, con permiso de usted, no hay mal que por bien no venga.

—¿Por qué lo dice usted, Medina?

—Si hubiésemos salido más temprano ó andado más de prisa, quizás nos coge la manga de agua en la hondonada, y nos habríamos ahogado todos.

—Dice usted bien.

—Y entonces no habría podido usted cumplir con la comisión. Mientras que ahora...

—Ahora tampoco puedo, porque sin tener alas no sé cómo se podrá llegar á León, y de León pasar á Silao.

—Lo principal, mi jefe, con permiso de usted, es que nos encontremos vivos, que lo demás es lo de menos.

—Lo principal, sargento, es cumplir con el deber.

—Mi jefe, estamos para pelear contra los reaccionarios y contra todos los que vengan; pero no contra Dios, porque ese puede más que nadie.

No faltaba razón á Varela, quien iba comisionado por el general González Ortega para procurar la concentración de todas las fuerzas de los Estados del centro, á fin de operar un movimiento decisivo y concluir con el ejército reaccionario, un tanto desmoralizado desde el fracaso que tuvo Miramón al sitiar á Veracruz.

Las instrucciones que llevaba eran perentorias, y la comisión, como se ve, de la mayor importancia. Por eso Varela maldecía, aunque un poco tarde, sus contemplaciones de poeta, que le hacían olvidar con frecuencia que era un jefe

(Continuará).

HISTORIA DE UN DESDICHADO

Yo soy hijo de mi padre y empleado de la Desde que salí á he tenido tan mala suerte, que si no me han llevado a la es porque todavía no me he El ha sido mi perdición Desde me enamoré de una que tenía unos como una como y un de , pero de un carácter tan malo y tan cel que no había día que no me tirara con los por la Era inútil que yo me hiciera el que para ella tuviera la abierta y la porque ya era sabido que al sentarme á la había de descargar en los de su cólera. Un día que me limpiaba el se encontró en un una de otra que me invitaba a en el Restaurant de las antigua y fueron tantos los que me dió con una que me rompió las y me aplastó la contra una Salí de la como un y me fuí al de los con el propósito decidido de tirarme de al ; pero un que estaba de me tomó de los y me llevó en dirección á para que diera de mi conducta. En el camino le hice un pase de y lo invité a beber una para que me librara de ese El encontró que mis razonamientos eran de y á la razón, halló muy prudente la Después de darme un y de dejarme más pobre que una me fuí al y á la para protestar públicamente contra el á las garantías individuales; pero el ya no tiene porque las autoridades siempre hacen el para no á por la ción de LA LEY este principio, no me quedan sino caminos que : ó me voy a mi para llevar con resignación la que Dios me ha , ó compro un y me entrego dulcemente en de la El asunto tiene pero el que sigue una y tiene convicciones propias, ó se contra la PREMIO DE LOTERIA del ó al abismo de la desesperación.

Rey Maulóro

